

del siglo XVI, los Czares moscovitas manifestaron la idea de que Polonia fácilmente consentiría en ser repartida entre Rusia y Austria. En 1657, el rey de Suecia, Carlos Gustavo, propuso al gran elector de Brandeburgo y al emperador Leopoldo la desmembración de Polonia, la cual no se llevó por entonces a cabo. En 1660, se reprodujo el proyecto, pero las negociaciones fueron descubiertas por Francia, y Polonia se puso sobre aviso. En aquel proyecto de desmembración no entraba Rusia, pero Polonia supo, a pesar de ello, apreciar debidamente el peligro. En 1661, dijo Juan Casimiro ante la Dieta: «El moscovita se apoderará de la Lituania; el brandeburgués, de la Gran Polonia y de Prusia; y el austriaco, de Cracovia y sus anexos.» En 1667, el peligro fué considerado tan inminente, que Luis XIV firmó con el rey de Suecia un tratado para oponerse a toda repartición de Polonia entre Austria, Moscovia y Brandeburgo. Durante la guerra del Norte, el rey Augusto trazaba planes para desmembrar la Polonia, y la Prusia alentaba iguales designios, que fracasaron a causa de la resistencia de Pedro el Grande. En 1732 volvió el rey de Polonia a abrigar el proyecto en virtud del cual habían de separarse del Austria sus territorios feudatarios. Cuando el rey hizo algunas proposiciones referentes a este plan al embajador prusiano, mariscal de Biberstein, este le preguntó si contaba con la adhesión de algunos magnates del reino ó si podía contar con el ejército. Augusto opinaba que lo de Polonia sería cuestión de poco tiempo si las potencias se ponían de acuerdo. Esta política es en todo igual a la seguida en 1772. Acabar con Polonia, disponer de ella y unirse para este robo, no eran cosas difíciles: para ello solo debía procurarse que en aquella nación reinara constantemente la anarquía y que no se llevara allí a cabo reforma alguna, lo cual tampoco era cosa nueva en los anales de las desmembraciones propiamente dichas. Ya Patkul había aconsejado al Czar Pedro que solo en parte procurase remediar los males de Polonia, pues de esta suerte evitaria que la República se hiciese fuerte, añadiendo que con los polacos no había que contar para nada, pues si hoy eran de Suecia, mañana serían del Czar y ni ellos mismos sabían lo que serían pasado mañana.

El interés de Rusia estaba, pues, en que Polonia siguiera siendo una nación débil: lo propio sucedía con Suecia, cuya constitución, por lo anárquica, nada tenía que envidiar a la polaca, y que, por lo mismo, debía ser apoyada por Rusia.

Idéntico interés tenía Prusia: durante el reinado de la emperatriz Isabel no había que pensar en una inteligencia entre Prusia y Rusia; pero apenas subió al trono Pedro III, el gobierno prusiano se ocupó con gran energía en el arreglo de la cuestión polonesa y dictó una porción de reglas al gabinete de San Petersburgo. En el tratado concertado entre Federico II y Pedro III, y en su artículo tercero secreto, se decía: «Como el interés de Su Majestad imperial de todas las Rusias y el del rey de Prusia exigen que se piense y se procure que la República de Polonia conserve libre su derecho de elección, y que a nadie se consienta convertirla en reino hereditario ó proclamarse su soberano, Su Majestad imperial de todas las Rusias y S. M. el rey de Prusia se prometen recíprocamente y se obligan íntimamente a que, en caso de que alguien, fuese quien fuese, pretendiera arrebatar a la República de Polonia su libertad de elección, y hacer de ella un Reino hereditario ó proclamarse soberano del país, Sus Majestades no lo tolerarían y de comun acuerdo, con fuerzas comunes y por medio de las armas, si fuese preciso, se opondrían, impedirían y anularían toda pretensión injusta y perjudicial a las naciones vecinas.»

Una cosa parecida se hizo para proteger a los disidentes de Polonia.

Estos convenios quedaron en pie a pesar del cambio de gobierno ocurrido en Rusia; y al prescindirse del principio del derecho de gentes, según el cual ningún tratado puede lesionar ni atentar a los derechos de un tercero, se creó una base legal para cualquier acción común en Polonia.

Elección de rey

Tal era la política que respecto de Polonia se imponía a Catalina, dadas las relaciones que anteriormente habían existido entre Rusia y aquella nación vecina. La emperatriz no había creado la situación, sino que la había encontrado creada; lo único que hizo fué seguir con extraordinaria energía la senda que sus predecesores le habían trazado. Lo que Rusia podía y quería en Polonia, se vió manifestamente con ocasión de la vacante que en aquel trono ocurrió a poco de haber ocupado el de Rusia Catalina II.

La cuestión polaca preocupaba ya a la emperatriz en 1762, cuando residía en Moscovia, punto en que se verificó la coronación.

El conde Poniatowski, que, en 1758, tuvo que salir de Rusia, estaba en correspondencia con la emperatriz, la cual le dió cuenta del golpe de Estado, remitiéndole, al propio tiempo, desde Moscovia las insignias de la orden de San Andrés y una considerable suma de dinero (1). Catalina había puesto en él los ojos para hacerle rey de Polonia, é instrumento de la política rusa.

Al propio tiempo, llamó a Moscovia al obispo de la Rusia blanca, Jorge Koniski, para conferenciar con él acerca de la situación en que, en Polonia, se encontraban los *verdaderos creyentes*. Contestando a la pregunta de la emperatriz acerca «de las ventajas políticas que podía reportar la Rusia de la defensa de sus correligionarios en Polonia,» dijo el abad de un convento ortodoxo de Wilna, en un documento, que el tratado de 1686 debía ser puesto en vigor; que la emperatriz debía tomar bajo su protección no solo a los ortodoxos, sino también a los luteranos y calvinistas que estaban en inmediatas relaciones con ellos, con lo cual no le sería difícil, mas adelante, arrebatar a Polonia un considerable territorio habitado por ortodoxos; que de este modo podría intimar sus relaciones con Prusia, y que Pedro I había mostrado constantemente mas afecto hacia los protestantes que hacia Polonia y los católicos franceses (2).

Esta aproximación a Prusia es lo que mayor temor infundía a Polonia. Ya en tiempo de Pedro III temía, y no sin motivo (como hemos visto), que Prusia y Rusia se unieran en su daño, y que Rusia, para indemnizarse de la cesión de la Prusia oriental que había hecho al rey Federico, se anexionara algunas provincias polacas. El conde Brühl cifraba todas sus esperanzas en las relaciones que mediaban entre Poniatowski y la emperatriz y opinaba que con auxilio del conde y de Catalina podría evitarse la desgracia que a Polonia amenazaba (3). Pronto, sin embargo, hubo de verse que Poniatowski y Catalina eran peores que Pedro III.

También en tiempo de Pedro III habían manifestado algunos hombres de Estado franceses el temor de que Prusia y Rusia se pusieran de acuerdo acerca de una desmembración de Polonia (4). La idea estaba en la atmósfera: su realización era solo cosa de tiempo.

(1) Panzié, que conocía personalmente a Poniatowski y que, por encargo de la emperatriz, le remitió las insignias de la orden, le envió al propio tiempo los paquetes de ducados destinados al futuro rey de Polonia. Véanse sus Memorias en la *Russkaja Starina*, I, 237.

(2) Rópell, en la *Revista histórica de Sybell*, XVIII, 86.

(3) Ssolowieff, XXV, 63.

(4) Correspondencia de Praslin con Breteuil en junio de 1762, en la obra de Jauffret, I, 91.

Era preciso ponerse cuanto antes en situación de abordar la cuestión encontrando candidato para el trono de Polonia. El rey Augusto III estaba gravemente enfermo en enero de 1763 y se esperaba de un día a otro la noticia de su muerte, noticia que a pesar de todo no pudo comunicarse hasta octubre.

En una carta de 15 de febrero de 1763 en la cual Federico participaba a la emperatriz la celebración del tratado de Hubertsburgo, hacia presente que era ya tiempo de ponerse de acuerdo respecto de la cuestión de Polonia; y que el rey Augusto estaba gravemente enfermo, siendo de esperar un desenlace fatal. El rey añadía que estaba dispuesto a aceptar las proposiciones que hiciera Rusia y que los principios de una sana política le obligaban a excluir de entre los pretendientes al trono a todos los príncipes austriacos, lo cual estaba también, según él creía, en el interés de Rusia. Para él el mejor candidato sería un individuo de la dinastía de los Piast.

Federico rogaba a la emperatriz que tomara una resolución, que manifestara su opinión acerca de este asunto, pero que guardara el secreto para evitar las intrigas de las demás potencias (1).

La emperatriz contestó a esta carta mostrándose conforme con la opinión del rey. El individuo de la dinastía de los Piast no debía, sin embargo, ser demasiado viejo ni estar subvencionado por nadie (2). Ya puede suponerse que la emperatriz hacia cierta reserva mental acerca de este punto; pues Poniatowski se vió siempre por ella apoyado y subvencionado.

En este sentido celebraron también algunas entrevistas Panin y Solms (3).

En las demás cartas que se cruzaron entre Federico y Catalina se puso cada vez mas de manifiesto la mancomunidad de intereses que entre ambos Estados existía respecto del modo de resolver la cuestión de Polonia. Así el rey como la emperatriz estaban decididos a influir para que no fuera elevado al trono de Polonia un príncipe sajón, proyecto que habían concebido Luis XV y María Teresa. Federico y Catalina trataron en cartas autógrafas, de las condiciones bajo las cuales podía celebrarse un tratado entre ambos Estados, apareciendo siempre en primer término la cuestión polaca. En setiembre Federico participó a la emperatriz que había recibido noticias de Viena, según las cuales aquella corte estaba intranquila por los proyectos de Rusia, y en su consecuencia le aconsejó que los tuviera aun mas ocultos que nunca y que hiciera desmentir por sus embajadores en Viena y en Constantinopla los rumores que circularan acerca de una intervención de Rusia en la cuestión de Polonia, añadiendo que indudablemente conseguiría la emperatriz «hacer un rey de Polonia sin por esto motivar una guerra (4).» Decía además que Sajonia manifestaba también gran inquietud; que no había de hacerse caso alguno del clamoreo de los polacos, si bien no podía causar perjuicio alguno el calmar y «narcotizar» a aquel pueblo para evitar las agitaciones que podrían hacer difícil la ejecución de ciertas medidas (5).

La emperatriz contestó conformándose con estos detalles y diciendo que era indudable que en unión del rey de Pru-

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 159-160.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 161-163.

(3) Véanse los detalles acerca de esto en Reimann: *Historia moderna del Estado prusiano*, I, 50.

(4) «Vous ferez un roi de Pologne, Madame, sans que la guerre se rallume.»

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 170-171. Los despachos de Viena, 171-172. La contestación de la emperatriz con la trama de las sandías, 172-174.

sia «haría tan suavemente como fuera posible, un rey de Polonia (6).»

Catalina no cesó de sondear las demás opiniones que acerca de la cuestión del trono de Polonia predominaban: así por medio de su embajador en Viena, Colizyn, hizo preguntar si aquella corte había fijado su atención en algún candidato. Apenas se supo que Francia deseaba la elección de un Czartoryski, Rusia se esforzó en influir en Polonia contra esta idea. Breteuil había sostenido que para conseguir aquel objeto era preciso proceder a una reforma política en Polonia, y escribía desde San Petersburgo que cuanto mas estudiaba la Rusia y la ambiciosa conducta de la emperatriz, tanto mas se convencía de la necesidad de sacudir a Polonia del letargo en que estaba sumida. Pero Francia no podía aventurarse a una acción enérgica, además de que había decidido no intervenir mucho en las cuestiones polacas. En un consejo de ministros celebrado en París el 8 de mayo, se trató del peligro de una desmembración inminente de Polonia; pero se convino en que la rivalidad existente entre las dos potencias interesadas quitaba a aquel peligro toda gravedad; y aun cuando parecía probable un acuerdo entre Prusia y Rusia, se confiaba en que el Austria y la Turquía ejercerían atenta vigilancia sobre las dos potencias y no les dejarían llevar muy adelante sus propósitos. Dijose además que Francia no necesitaba para nada mezclarse en la elección de rey. Créase pues poder tranquilamente hacer frente a las circunstancias (7).

En Austria se apreciaba perfectamente el peligro que por parte de Rusia amenazaba en lo que a Polonia se refería. En el primer momento, cuando llegó a Viena la noticia del advenimiento de Catalina al trono, cifráronse grandes esperanzas en la emperatriz. «En toda mi vida, se decía en un rescripto imperial, no he recibido una noticia que me produjera tanto placer como la de ese feliz advenimiento al trono (8).» Pronto, sin embargo, hubo que renunciar a tales esperanzas, pues en lo que a Polonia afectaba se vió que Catalina estaba decidida a no permitir que en una nueva elección de rey fuese elegida ninguna persona cuya adhesión a Rusia no estuviese fuera de toda duda. Oíase hablar también de una alianza entre Prusia y Rusia; pero lo mismo Colizyn en Viena que Panin en San Petersburgo sostuvieron que tales rumores estaban destituidos de fundamento, con lo cual los austriacos se tranquilizaron un poco (9). Al preguntar Colizyn qué opinión tenía formada el Austria acerca de la próxima elección de rey en Polonia, se le habló de la candidatura de un príncipe sajón, sin que esto significara tomar una actitud especial en aquel acontecimiento. Enfrente de aquella política expectante y de observación en todas direcciones y en todos los sucesos, Catalina iba decididamente a su objeto (10). En una glosa marginal que puso Panin a una Memoria de Colizyn remitida desde Viena, observaba acerca de la acción común de Austria y Rusia respecto de Polonia lo siguiente: «Kaunitz se equivoca si cree que nuestros respectivos intereses son comunes en esta cuestión. No habrá ningún hombre de Estado que no conozca la diferencia que entre ellos existe. Nosotros perderemos la tercera parte de nuestras fuerzas si Polonia no continúa bajo nuestra dependencia (11).»

(6) «C'est ainsi que le plus doucement possible, à l'aide de Votre Majesté, nous ferons, le cas existant, un roi de Pologne.»

(7) Ssolowieff, XXV, 333-336.

(8) Beer: *La primera repartición de Polonia*. Viena 1873, I, 13.

(9) Ssolowieff, XXV, 330-331.

(10) Beer, I, 59, 127.

(11) Ssolowieff, XXV, 332. Respecto del proyecto al propio tiempo concebido por Czartoryski de llevar a cabo con auxilio de Rusia una reforma en el Estado, véase Ssolowieff, XXV, 216-219.

Lo que había que esperar de Rusia y especialmente de la emperatriz respecto de Polonia podía verse por lo sucedido con Curlandia. A cada movimiento de independencia se encontraba aquel país con la oposición de la corte de Rusia. El proyecto que se había concebido de procesar al canciller de Lituania Czartoryski por haber negado, en tiempo de la emperatriz Isabel, á las tropas rusas la entrada en territorio polaco, le llevó á efecto Catalina, escribiendo á uno de sus ministros: «¿Se encuentra enferma de fiebre delirante la corte de Polonia? ¿Por ventura no ha de llevarse á los tribunales al mismo rey, cuando tome disposiciones en pro de los intereses de Sajonia?» A principios del año 1763, Catalina, á propuesta de Keyserlingk, envió dinero para auxiliar al partido ruso de Polonia, y al poco tiempo ordenó, en vista de que Augusto III no se mostraba condescendiente en la cuestión de Curlandia, que el agente diplomático Borck se retirara en el plazo de 48 horas, añadiendo que si así no lo hacía, sería expulsado á viva fuerza. «Sébase, observaba Catalina en aquella ocasión, que mantendré la libertad de Polonia por todos los medios que Dios ha puesto en mi mano.» En 1.º de abril escribía á Keyserlingk: «Propalad la noticia de que, si se ataca á cualquiera de los amigos de Rusia ó se les conduce á Königstein, poblaré con mis adversarios la Siberia y lanzaré contra el rey de Polonia á los cosacos zaporogos que han solicitado permiso para vengarse de él.» En vida de Augusto III, mantuvieron los amigos de Rusia en Polonia la palabra que habían dado de trabajar en pro de la elección de Estanislao Augusto Poniatowski. Por lo demás, abrigaba la emperatriz el vivo deseo de que no muriera en seguida Augusto III, pues la agitación electoral había de traer para Rusia grandes gastos y algunos peligros (1).

El rey Augusto murió en 5 de octubre de 1763; acontecimiento que sorprendió en alto grado al rey Federico, el cual, al recibir la noticia, se levantó bruscamente de la mesa. Este monarca hubiera deseado poner antes en claro sus relaciones respecto de Rusia (2). Catalina escribió á Panin: «No os riais de mí porque me levanté bruscamente de la silla al recibir la noticia de la muerte del rey de Polonia; también el rey Federico hizo lo propio al recibirla (3)»

Federico escribió en seguida á la emperatriz, manifestándole su opinión acerca del modo de proceder en Polonia y de descartar á los candidatos contrarios, y dándole cuenta de una carta que había recibido del elector de Sajonia, en la cual este le rogaba que procurase atraer en favor de la casa de Sajonia á la emperatriz de Rusia. La carta de Federico se cruzó con una de Catalina en que esta le explicaba las razones que tenía para querer el entronizamiento de Poniatowski: se trata, decía, únicamente de proceder de comun acuerdo para salvar todos los obstáculos. En una carta posterior, anunciaba «algunas operaciones militares en las fronteras de Polonia» para evitar los disturbios que ocurrir pudieran; y á pesar de no haber tratado alguno formal entre Rusia y Prusia, decía al final de su carta que se consideraba tan ligada con Federico como si existiera realmente un tratado. En igual sentido se expresó Federico; y los embajadores ruso y prusiano debieron en su consecuencia proceder en Polonia de comun acuerdo (4).

(1) Ssolowieff, XXV, 304-312.

(2) A Enrique le escribió diciendo: «Ese rey de Polonia ha muerto como un tonto: os confieso que no me gustan las personas que todo lo hacen fuera de tiempo, etc.» Beer, I, 134.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 321. Véanse las manifestaciones sobre el espanto de Federico en una carta de Miguel Woronzoff de 26 de setiembre (7 de octubre) de 1763, escrita desde Berlín.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 174-182.

Simultáneamente con la agitación que produjo la elección de Poniatowski, comenzó á concebir la idea de una desmembración de Polonia. El conde Chernyscheff maduraba un plan, según el cual y para redondear y defender mejor las fronteras que se extendían entre el Dnieper y el Dwina debían ser agregados á Rusia algunos territorios de Polonia. Los ministros decidieron estudiar este proyecto, cuya realización ofrecía grandes dificultades. Chernyscheff había propuesto que las tropas que de todas maneras tenían que ir á Polonia para apoyar la elección de Poniatowski, fuesen utilizadas para las operaciones de la anexión (5).

Por distintos conductos recibió en Polonia la noticia, de cuya veracidad casi no podía dudarse, de que Rusia y Prusia se habían unido para lograr una repartición de aquel reino (6). El embajador francés en Constantinopla sostenía con empeño que Catalina y Federico habían formado la alianza «para poderse repartir paulatinamente la Polonia (7)» Al mismo tiempo la electora de Sajonia escribía á María Teresa que estaba dispuesta á comprar la corona, aun á costa de una desmembración de Polonia, á lo cual contestó la reina-emperatriz en los siguientes términos: «Querida amiga, el reino de Polonia no debe sufrir desmembración alguna.» En posteriores cartas declaró María Teresa que Viena no consentiría en ninguna desmembración porque la había considerado siempre como cosa muy peligrosa para todas las potencias de Europa (8).

Entre tanto Catalina mostraba enérgica actividad. En una carta al príncipe elector de Sajonia aconsejaba á este que renunciara á sus pretensiones, pues el resultado había de ser indudablemente contrario á sus deseos. También escribió á María Teresa, diciéndole que quería dejar á los polacos en plena libertad de acción y que las medidas militares adoptadas en las fronteras no tenían más objeto que lograr que todo se hiciera tranquila y libremente. A esto contestó María Teresa en tono circunspecto que sería quizás más conveniente renunciar á todas las demostraciones militares (9). No era de esperar que el Austria opusiera obstáculo alguno á los procedimientos de Rusia. Cuando Mercy llegó á Varsovia, los embajadores prusiano y ruso (el conde Keyserlingk había sido colocado como auxiliar del príncipe Repnin) habían hecho notables progresos, sabiendo utilizar las tristes circunstancias de Polonia. Pronto hubo de comprenderse cuán seguro era el triunfo del candidato ruso, por más que Kaunitz considerara la elección de Poniatowski como peligrosa y contraria á los intereses de Austria. La indecisión de los patriotas de Polonia, la presencia de las tropas rusas, la hábil distribución de subsidios y la conducta enérgica de los diplomáticos ruso y prusiano aseguraron el triunfo de Catalina. El partido ruso quedó dueño absoluto del campo.

La conducta de Rusia acabó por parecer al rey de Prusia harto agresiva y por esto escribió á la emperatriz aconsejándole se mostrara más moderada (10). Cuando Panin, en una conversación que tuvo con Solms, dijo que el rey, en caso de que se llegara á conseguir el objeto propuesto, vería recompensados sus esfuerzos, del mismo modo que Rusia, y que no habría trabajado en vano, Federico vió en estas palabras el plan de una repartición de Polonia; y temiendo que

(5) Ssolowieff, XXV, 315.

(6) Ssolowieff, XXV, 316.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 190.

(8) Arneth: *Historia de María Teresa*, VIII, 37-39.

(9) Beer, *Documentos* número II, pág. 79-80.

(10) Véase, por ejemplo, la carta de 15 de febrero de 1764, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 196.

pudiera traer una guerra europea, ordenó á su embajador que estuviera sobre aviso y que no fuera demasiado adelante (1). Sin embargo, Federico tuvo que seguir los impulsos de Catalina y obligarse, entre otras cosas, en un artículo secreto del tratado ruso-prusiano que se firmó á principios de 1764, á enviar tropas á la frontera polaca, cosa que de buena gana habría querido evitar (2).

Catalina, siguiendo su conducta enérgica, dió á entender al embajador francés, Breteuil, que Rusia podía, con más derechos que Francia, pretender ejercer en Polonia una influencia decisiva (3). Cuando el nuevo embajador austriaco, príncipe Lobkowitz, se quejó del proceder de las tropas rusas en Polonia y pidió algunas explicaciones sobre él, escribió Catalina: «En la contestación que se dé al príncipe



Estanislao Augusto, rey de Polonia. Reducción de un grabado de Ing. S. Klauber. Cuadro original de Luisa Isabel le Brun (1797)

Lobkowitz es preciso decir que no estamos acostumbrados á que se nos pidan á cada paso cuentas de nuestros actos (4).» En las notas marginales y en los billetes de la emperatriz, se refleja la satisfacción que le causaba el ver coronada del

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXII, 188.

(2) Reimann, *Moderna historia prusiana*, I, 83; allí se encuentran también los detalles relativos á ese tratado.

(3) Jauffret, I, 160.

(4) Ssolowieff, XXVI, 83.

CATALINA II

mejor éxito su empresa en Polonia. Elegido rey Poniatowski (7 de setiembre de 1764), escribió la emperatriz á Panin: «Me felicito por el rey que hemos hecho (5);» y á la señora Geoffrin, con quien tenía correspondencia Poniatowski y á la cual este en broma le daba el nombre de mamá: «Me felicito por el entronizamiento de vuestro hijo: no sé cómo ha sido que ha llegado á ser rey; la Providencia lo habrá

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 373-374.